

y mi esposo? ¿Creo que V. es su primer refugio?

— Sí; ya sé como la cosa ha concluido, joven señora — dijo Raquel.

— ¿Si no me engaño, he oído que, habiéndole rechazado un patrono, los demás harán lo mismo? ¿Me parece que ha dicho V. eso?

— Hay tan pocas probabilidades, joven señora, tan pocas probabilidades de salir del paso, para un obrero mal visto por los patronos.

— No comprendo lo que quiere V. decir por mal visto.

— Se trata de la reputación de turbulento.

— ¿De manera que, por razón de los prejuicios de su clase y de la otra, se halla V. doblemente sacrificado? ¿Dichas clases están separadas de tal modo en esta ciudad, que entre ambas no existe el menor sitio para un obrero honrado?

Raquel movió la cabeza, como para decir que no conocia ninguno.

— Se ha acarreado la enemistad de sus compañeros — dijo Luisa — porque no quiso asociarse con ellos. Creo que hizo esta promesa á V. ¿Me permite preguntarle por qué la hizo?

Raquel se echó á llorar.

— No se la exigí, pobre muchacho. Le supliqué sólo que se apartara en interés propio, sin pensar en el mal que iba á irrogarle. Pero

una vez tomado ya su partido, sé que moriría mil veces, antes que faltar á su palabra. Le conozco bastante.

Esteban permanecía inmóvil y atento, en su actitud meditativa de costumbre, con la mano en la barba. Intervino entonces con voz menos firme que de ordinario.

— Nadie, sino yo, sabrá cuánto honro, quiero y respeto á Raquel, y como tengo razón. Cuando se lo prometí, le dije, en verdad, que era el ángel de mi vida. Era una promesa solemne. Nada puede hacer que yo la revoque.

Luisa volvió la cabeza hacia el operario, inclinándose con un sentimiento de respeto, enteramente nuevo en ella. Miró en seguida á Raquel y sus facciones se suavizaron.

— ¿Qué piensa V. hacer? — preguntó ella. Su voz también se había dulcificado.

— En verdad, señora — dijo Esteban, haciendo de tripas corazón y tratando de sonreír — cuando habré concluido mi tarea, será preciso que abandone esta ciudad y que busque trabajo en otro sitio. Feliz ó desgraciado, el hombre debe hacer lo que pueda, pues no es posible otra cosa, á no ser que quiera tirarse al suelo y morir en él de hambre.

— ¿Cómo viajará V.?

— A pie, buena señora, á pie.

Luisa se sonrojó, y apareció en su mano una bolsa. Oyóse el roce de un billete de banco, que desplegaba y ponía sobre la mesa.

— Raquel; ¿quiere V. decirle, pues sabrá V. hacerlo sin molestarle, que esto es para ayudarle en su viaje? ¿Quiere V. rogarle que lo tome?

— No puedo hacerlo, joven señora — dijo ella, meneando la cabeza. — Dios la bendiga por haber pensado con tanta bondad en este pobre chico. Pero él es quien debe consultar su corazón y obrar en consecuencia.

Luisa se mostró al principio incrédula, luego un poco espantada y algo emocionada por una simpatía repentina, viendo á aquel artesano, que tal imperio ejercía sobre sí y que se había mostrado tan sencillo y entero en su reciente entrevista, como perdía de pronto su calma y ocultaba su rostro entre los manos. Extendió el brazo, como para tocarle, después se contuvo y permaneció inmóvil.

— Raquel misma — dijo Esteban, después de descubrir su semblante, — no podría hallar palabras más dulces que añadir al mérito de una oferta tan generosa. Para probarle que no soy hombre ingrato y sin razón, tomaré cincuenta francos. Se los pido prestados y se los devolveré más adelante. Nunca habré trabajado con tanto gusto, como cuando reconozca, con mi

exactitud en el pago de esta deuda, la bondad que ha tenido V. esta noche, que agradeceré eternamente.

Luisa tuvo que recoger el billete y cambiarlo por la suma, mucho más modesta, que aceptaba él á título de préstamo. Esteban no era ni elegante, ni bello, ni pintoresco, ni mucho menos; y, sin embargo, su manera de aceptar aquella oferta y de expresar su agradecimiento, sin frases, tenía un sello tal de gracia, que lord Chesterfield no hubiera podido enseñar á su hijo en cien años.

Tom se había sentado al extremo de la cama, balanceando una de sus piernas y chupando su bastón, con bastante indiferencia hasta entonces. Viendo á su hermana dispuesta á salir, se levantó con vivacidad é intervino á su vez.

— ¡Aguarda un poco, Lu! Antes de marcharnos, quisiera decirle dos palabras. Me ha venido una idea. Si quiere V. venir á la escalera, Blackpool, se la diré. No es precisa la luz, buen hombre.—Tom había manifestado una impaciencia notable, al ver que Esteban se dirigía al bufete para tomar la vela. — No precisa.

Esteban le siguió afuera; Tom volvió á cerrar la puerta y no apartó la mano del cerrojo.

— ¡Oiga! — murmuró — Creo que puedo prestarle un servicio. No me pregunte lo que es,

porque la cosa podría no dar buen resultado. Pero nunca es malo probar.

Su aliento caía como una llama en la oreja de Esteban, tan ardiente era.

— Nuestro ordenanza — dijo Tom — es quien se ha encargado de avisarle este mediodía. Digo nuestro ordenanza, porque yo también estoy en la casa de banca.

Esteban se decía: « ¡Debe tener mucha prisa! » Tom hablaba confusamente:

— ¡Veamos! — dijo Tom. — ¡Escuche! ¿Cuándo marcha V.?

— Hoy es lunes — respondió Esteban, reflexionando. — Creo, señor, que marcharé el viernes ó el sábado.

— El viernes ó el sábado — repitió Tom. — ¡Escuche! No estoy seguro de poder prestarle el servicio que quisiera hacerle... Es mi hermana, ya sabe V., que está ahora en su habitación... Mas esto puede ir bien y, si no se logra, no será grande el daño. Pues bien, voy á decirle lo que puede hacer. ¿Conocerá á V. á nuestro ordenanza?

— Ciertamente — dijo Esteban.

— Muy bien — replicó Tom. — Por la noche, cuando deje V. el trabajo, durante los contados días que permanezca V. aun aquí, pásese una hora ó dos por los alrededores de la casa de banca. Si ve V. que él se pasea por allí cerca, hágase el

desentendido, pues no le diré que le hable, á menos que no pueda prestarle el servicio que quisiera. En este último caso, le llevaría una esquila ó un encargo. De lo contrario, no. ¡Escuche! ¿Está V. seguro de haberme comprendido bien?

Había llegado á poner, en medio de la obscuridad, un dedo en el ojal del traje de Esteban, del que apretaba y removía el bolsillo de un modo verdaderamente extraordinario.

— He comprendido bien, señor — dijo Esteban.

— Escuche — repitió Tom. — Procure no equivocarse, y no vaya á olvidar lo que le digo. Cuando nos marchemos, daré cuenta de mi proyecto á mi hermana, y estoy seguro de que lo aprobará. ¡Escuche! ¿Está V. de acuerdo? ¿Lo ha comprendido bien? Bravo. Vamos, Lu, marchémonos.

Empujó la puerta, al llamar á su hermana, pero no entró en la habitación, y bajó por la escalera estrecha sin aguardar á que le hicieran luz. Estaba ya abajo, cuando Luisa empezó á descender, y no pudo tomarle el brazo hasta la calle.

La Sra. Pegler permaneció en su rincón, hasta que hubieron salido el hermano y la hermana, y Esteban hubiera vuelto con la bujía en la mano. No sabía ella como expresar su admiración

por la Sra. Bounderby, y, cual vieja inexplicable que era, se echó á llorar porque resultaba aquella tan bonita y amable. Sin embargo, tuvo tanto miedo la Sra Pegler de que el objeto de su admiración regresase ó de que viniera otro visitante, que su alegría desapareció durante toda la noche. Por otra parte, demasiado tarde era ya para la gente que se levanta temprano y tiene que trabajar mucho durante el día, por lo que la reunión se dispersó. Esteban y Raquel condujeron á la misteriosa conocida hasta la puerta del *Café de las viajeros*, donde le dieron las buenas noches.

Fueron juntos al recodo de la calle en que vivía Raquel; y, á medida que se acercaban á ella, cesaron de hablar. Cuando llegaron al rincón oscuro, en que se terminaban sus contados encuentros, se detuvieron, silenciosos, cual si hubiesen temido dirigirse la palabra.

— Trataré de verte otra vez, Raquel, antes de que me marche; pero si no te veo...

— No me verás, Esteban, lo sé. Es preciso hablarnos con franqueza el uno al otro.

— Tienes razón. Es más valeroso y es preferible. He pensado que, como no más falta un día ó dos, será mejor para tí, Raquel, que no te vean conmigo. Esto podría causarte alguna desazón y no conduciría á nada.

— No es esto lo que me priva, Esteban. Pero ya sabes tú nuestras antiguas convicciones, y á ello es debido.

— Bien, bien — dijo él. — En todo caso, es preferible.

— ¿Me escribirás lo que te interese, Esteban?

— Sí. Y ahora no tengo mas que despedirme de tí. Que el cielo vaya contigo, que el cielo te bendiga, que el cielo te agradezca lo que por mí has hecho y te lo recompense.

— Que te bendiga á ti también, Esteban, durante toda tu peregrinación, y te dé paz y reposo al fin.

— La noche que velamos juntos, querida mía, — dijo Esteban Blackpool — te dije que siempre que vea algo ó piense en algo que me encolerice, tu acudirás á mi pensamiento, y á mi lado, para tranquilizarme. Ya estás junto á mí en este momento. Me haces ver las cosas con más resignación. ¡ Dios te bendiga! ¡ Buenas noches! ¡ Adiós!

¿ Qué cosa más sencilla que esa separación rápida, en medio de una pobre calle? Y, no obstante, fué para ambos un recuerdo sagrado. Economistas utilitarios, esqueletos de los maestros de escuela, comisarios del hecho, descreídos elegantes y estragados, todos los que

fundais y propagais doctrinas arrugadas, para uso del pueblo, bien sabeis que tendreis siempre que gobernar á los pobres. Pues bien : cultivad en ellos, tanto como podais, y mientras sea tiempo, las gracias de la imaginación y la dulzura de los afectos naturales, para adornar á las existencias que tanto necesitan de adorno ; de lo contrario, cuando llegue el día de vuestro triunfo, cuando la novela, gracias á vosotros, haya desaparecido completamente de sus almas y la vida se les aparezca en toda su fea desnudez, la realidad quizá tome la forma de un lobo hambriento.

Esteban trabajó los dos días siguientes, sin que nadie le dirigiera la palabra. Se le evitó como antes, por doquiera que fuese. Al finalizar el segundo día, vió llegado el término de su trabajo ; al acabar el tercero, no había nadie en su telar.

Cada una de las noches precedentes había pasado más de una hora por la calle, alrededor de la casa de banca, sin resultado alguno, ni en bien, ni en mal. Para que no pudiera acusársele de haber faltado á su promesa, resolvió esperar lo menos un par de horas la tercera y última noche.

Allí se hallaba la señora que cuidaba antes de la casa del Sr. Boudnerby, sentada junto á una

ventana del primer piso, donde ya la había visto, y el ordenanza estaba hablando con ella, ó mirando por encima del transparente del piso bajo, sobre el cual se leía la palabra BANCO ; á veces aparacía en la puerta, para tomar el aire. La primera noche, creyendo que le buscaba, Esteban pasó cerca de él ; pero el otro apenas le miró, con sus ojos guiñadores, sin dirigirle la palabra.

Mucho eran dos horas, después de una larga jornada de trabajo. Esteban se sentó en los pedáños de una casa, se apoyó en un muro, debajo de una arcada, paseóse de un extremo á otro de la calle, escuchó si daban las horas en el reloj de la iglesia, paróse para mirar á unos niños que jugaban en la calle. Tan poco natural es pasearse sin motivo, que un simple vago corre siempre el peligro de hacerse notar. No bien pasó la primera hora, Esteban empezó á experimentar una sensación desagradable, figurándose que desempeñaba el papel de un personaje sospechoso.

Después vino el espitero á encender los faroles, dejando en pos de él, en la larga perspectiva de la calle, una doble hilera de luces que iban alargándose hasta confundirse y perderse en lontananza. La Sra. Sparsit cerró la ventana del primer piso, bajó el transparente y fué á sus

habitaciones. Pronto se vió como una luz subía detrás de ella por la escalera, primeramente visible por encima de la puerta de entrada y luego por las ventanas, á medida que pasaba de un piso á otro. Hubo un instante en que se alzó un extremo del transparente del segundo piso, como si el ojo de la Sra. Sparsit mirara por allí; y en el otro extremo, como si el ordenanza, á su vez, mirase por el otro lado. Sea lo que fuere, Esteban no recibió comunicación alguna. Se sintió aligerado, cuando hubieran transecurrido las dos horas, y se alejó con paso rápido para recuperar el tiempo perdido.

No tenía más que despedirse de su propietario y tenderse al suelo, en una cama provisional, pues tenía ya hecho el paquete para el siguiente día y todo estaba dispuesto para la marcha. Quería hallarse fuera de la población temprano, antes de que los obreros saliesen.

Apenas alboreara, salió Esteban, después de echar una ojeada de despedida á su cuarto, preguntándose con tristeza si lo volvería á ver. La ciudad parecía completamente desierta: se hubiera dicho que los habitantes la habían abandonado, para no tener ningún trato con él. En aquella hora todo ofrecía un aspecto desolado. El sol levante no formaba más que otra soledad en el cielo, semejante á un mar entristecido.

Pasando por delante de la casa en que vivía Raquel, aunque no fuera su camino; yendo por las calles de ladrillos rojos, por delante de las grandes fábricas silenciosas, que no temblaban aún y cerca de la estación del ferrocarril, mitad demolida y mitad reconstruída; por delante de las chalets de ladrillos rojos, rodeados por arbolillos ahumados y cubiertos de polvo sucio, andando por caminos carboníferos y cruzando una variedad de espectáculos feos, Esteban llegó á la cumbre del collado y volvió el rostro para dirigir una mirada en pos.

El día iluminaba de lleno la ciudad, y las campanas advertían la hora del trabajo matutino. El hogar doméstico no se había encendido aún, y las altas chimeneas reinaban en el cielo como señoras, mientras éste iba pronto á desaparecer, bajo las inmensas bocanadas de humo envenenado, que aquéllas difundían. Sólo durante media hora se doraron muchas ventanas de Cokeville, con una especie de albor matutino, en que los naturales del país pudieron ver el sol como en un eclipse eterno, á través de un vidrio ahumado.

¡Qué cambio significaba eso de pasar de las chimeneas á los pájaros! ¡Qué cambio implicaba eso de sentir como el polvo de la carretera reemplazaba bajo sus pies el carbón

bullicioso! ¡Qué cambio para Esteban, á su edad, revivir las sensaciones de su infancia, en aquella mañana de verano! Con estas meditaciones y el paquete debajo el brazo, Esteban paseaba su semblante atento á lo largo de la gran carretera. Los árboles formaban un arco encima de su cabeza, diciéndole, con su dulce murmurio, que dejaba en pos de él un corazón fiel y amante.

### CAPÍTULO XXIII

#### PÓLVORA DE CAÑÓN

El Sr. James Harthouse, queriendo siempre ensayar lo que podría hacer á favor de su partido adoptivo, empezó por contar los votos que presumía adquirir. Gracias á las lecturas instructivas que tuvo la bondad de hacer, por indicación de sus amigos políticos; gracias también á su abandono elegante y distinguido para con la sociedad en general; gracias igualmente á la franqueza que sabia manifestar, hasta en el seno de la improbidad, y éste es, como se sabe, el juego más fino, eficaz y admirado de los pecados mortales, entre la gente educada; no tardó en pasar por un hombre en quien se podían

cifrar grandes esperanzas. Mucha ventaja envolvía para él su indiferencia para con todo, pues esto le permitía unirse con gente práctica y positiva, como si fuera uno de los suyos, y tratar á los demás partidos como una cáfila de hipócritas viles.

— Si, querida señora Bounderby, hipócritas, en los cuales no tenemos fe y que no la tienen ellos en sí mismos. La única diferencia entre nosotros y los profesores de virtud, de caridad ó de filantropía... no le hace el nombre... es que sabemos que todo ello no significa nada y nosotros lo decimos, mientras que ellos, si bien lo saben como nosotros, se guardan bien de manifestarlo.

¿Por qué se había ofendido ó inquietado Luisa, al oír declarar semejantes principios? ¿Estaban éstos tan en desacuerdo con los de su padre ó con su educación primera, para que la atemorizasen? ¿Existía tanta diferencia entre ambas escuelas que, una y otra, la encadenasen á las realidades materiales y le prohibiesen tener fe en otra cosa? ¿Había desarrollado Tomás Gradgrind en su alma, cuando era cándida y pura, algo que costase á James Harthouse reformar?

Era ella tanto más digna de lástima, en aquella circunstancia, que alimentaba en su espíritu (este sentimiento existía en ella antes